

Dr. Carmelo Rosario Natal
Decano
Facultad de Estudios Generales
Recinto de Río Piedras
Universidad de Puerto Rico

Estimado doctor Rosario:

*Adjuntamos las razones que, a nuestro parecer, legitiman e
poner el nombre de Domingo Marrero Navarro al edificio que al
berga la Facultad de Estudios Generales del Recinto de Río Pie
dras de la Universidad de Puerto Rico.*

*Queda a su mejor juicio y albedrío el uso apropiado de este
documento. Esperamos que sus gestiones, en aras de tan honrosa
designación, logren el éxito merecido y por todos deseado.*

Cordialmente,

Viola Lugo de Meléndez
Viola Lugo de Meléndez

Luis N. Rivera Pagán
Luis N. Rivera Pagán

UNA JUSTA Y HONROSA NOMINACION

Viola Lugo de Meléndez

Luis N. Rivera Pagán

Es costumbre de pueblos y universidades honrar a personas de incuestionable mérito, inmortalizando su memoria al poner su nombre a lugares, colegios, cátedras y facultades. Así también se les propone como paradigmas y modelos a las nuevas generaciones. Creemos apropiado, en el contexto de tan honorable tradición, el que se nomine **DOMINGO MARRERO NAVARRO** al edificio que actualmente alberga la Facultad de Estudios Generales del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.

Creemos que es de justicia rendir homenaje de esa manera a un universitario excelente que dedicó los mejores años de su vida a la docencia y la administración académica de esta Facultad, a un creador cuya obra intelectual ha dado lustre a nuestro país, a un ser humano extraordinario que merece conocerse y recordarse por todos los miembros de nuestra Alma Mater.

Luego de extensa labor ministerial como pastor de la Iglesia Metodista en Puerto Rico y la República Dominicana, Domingo Marrero se inició en tareas universitarias en 1938. Hasta el 1945 ejerció como pastor universitario para los estudiantes protestantes y evangélicos del Recinto de Río Piedras de la Universidad de

Puerto Rico. Su tarea propiamente docente comenzó en 1943, como instructor de Humanidades en la recién creada Facultad de Estudios Generales.

Es allí donde se dedicó devotamente a la labor universitaria, hasta su muerte, acaecida prematuramente en 1960. De 1955 a 1960, fue Director del Departamento de Humanidades. Pocos meses antes de morir había sido nombrado Decano de la Facultad de Estudios Generales. Sus 17 años de esfuerzos docentes universitarios constituyeron intensa y provocadora entrega a los postulados y hábitos de la educación general, la búsqueda de la verdad y la vida acogida a las más elevadas normas de moral social y personal.

Como profesor y director del Departamento de Humanidades de la Facultad de Estudios Generales, Domingo Marrero aclaró e ilustró en la práctica los principios de la cultura amplia y emancipadora de la educación general. Su salón de clases, su oficina, los múltiples seminarios que dirigió, su residencia personal, fueron, en todo momento, cátedra de lo que es en esencia la vida dedicada a la formación, más que a la información; al cuestionamiento, más que al asentimiento de lo tradicional; a la solidaridad del quehacer académico que se propone como meta digna el estudio de todo lo que sea pertinente al ser humano como protagonista intelectual, afectivo, ético, apreciador de valores estéticos y pugnaz forjador de la historia.

Sus clases nunca fueron mera repeticiones de conceptos, ideas o sistemas. Por el contrario, su fértil mente y su fina sensibilidad estimulaban a los estudiantes al análisis inquisitivo, a la búsqueda inquieta del saber, a la elevación de sus espíritus, a la construcción de una convivencia humana justa y compasiva. A su muerte, los alumnos del Bachillerato de Estudios Generales resumieron así, en su periódico *Llama* la experiencia con el profesor fenecido: "Fue maestro y con dulzura propia del que sabe dar plantó en sus estudiantes la sagrada semilla del saber".

Domingo Marrero Navarro, como buen universitario, fue creador. Su profundo conocimiento de la literatura, la filosofía, la historia, el derecho y la teología, entre otras áreas del saber, se muestra en su diversa y rica producción escrita. *El centauro*, importante y agudo análisis crítico de la obra de José Ortega y Gasset ha quedado como "monumento clásico de las letras y del pensa

miento puertorriqueños e iberoamericanos", tal como bien ha indicado don José Ferrer Canales. *Meditaciones de la pasión* recoge una muestra excelsa de la oratoria sagrada de Domingo Marrero, revelando, además, su apasionado deseo de conjugar la devoción de la fe con la aspiración de certezas y claridades propia de la razón. *Los fundamentos de la libertad*, discurso de graduación del entonces Instituto Politécnico de San Germán, muestra la constante preocupación de Domingo Marrero por la libertad como la nota más alta del espíritu humano. Y la más desafiante.

Múltiples ensayos suyos encontraron acogida en las páginas de periódicos y revistas. Con sólo citar algunos podemos vislumbrar la diversidad de sus intereses intelectuales. *En la ruta espiritual de Galdós. Medioevo: Sistema y sentido. Alquitara española de la filosofía y Relaciones esenciales entre la filosofía y la teología*, se publican en "La Nueva Democracia". *Una perspectiva de la literatura cristiana primitiva. La esencia del cristianismo. El oficio profético. Una salida de la crisis religiosa y Sartre y el concepto cristiano de la tragedia*, ven la luz en la revista "El Boletín" del Seminario Evangélico, donde además se distinguiera como profesor de teología. "El Diario de Puerto Rico" recoge en sus páginas su ensayo *Heidegger y la obsesión de la nada*, y "Palique" publica, entre otros, sus trabajos *Edgar S. Brightman. Segundo Ruiz Belvis y Colón no descubrió a Puerto Rico*. La revista "Aso-mante" imprime su artículo *El constructivismo orteguiano y las categorías de la vida*. Su excelente ensayo, *Crítica de la ciencia y concepto de la filosofía en Ortega*, se incluyó en el número especial que "La Torre", revista de la Universidad de Puerto Rico, dedicó al insigne pensador español. Se podrían citar muchos otros trabajos publicados, igual que otros que permanecieron inéditos. Todos ellos evidencian la amplitud de su cultura, la profundidad de su pensamiento y al elegancia excepcional de su estilo.

Sin embargo, ningún recordatorio de la creatividad de Domingo Marrero estaría completo sin señalar su valor como ser humano ejemplar. Jamás se embalconó. Fue, como le llamara el profesor José Aracelio Cardona, "hombre del camino". Su curiosidad intelectual repudió la vanidad y la superficialidad. Fue puertorriqueño digno, sereno, firme, humilde y sencillo. Amó y practicó en su propia vida la libertad sobre la cual tanto reflexionó. Consciente en su propia carne de la precariedad y fugacidad de

la vida individual, la valoró y apreció incondicionalmente, denunciando, con respeto pero firmemente, los abusos a los más fundamentales derechos humanos: el racismo, la tiranía, el colonialismo, la agresión militar y la explotación económica. Se interesó siempre por el ser humano, no en sus defectos y vicios, sino como matriz de posibilidades de superación. Remedando a Ortega, decía: "El hombre vale, no por lo que es, sino por lo que puede llegar a ser". Su fe religiosa rechazó el dogmatismo y la intolerancia, interpretándola como interrogante apasionada por la verdad y el bien. Promovió en sus estudiantes y compañeros profesores el estudio del pasado humano, en aras de la construcción de un futuro más noble y justo.

Sujeto a las limitaciones y debilidades propias de todo ser humano, Domingo Marrero fue hombre en busca constante de la perfección. Su vida fue ejemplo de dignidad y generosidad. Representó en su persona, al decir de Jaime Benítez, en palabras pronunciadas tras su muerte: "La ejemplaridad del esfuerzo máximo, de la dedicación, de la voluntad de vivir en la acción creadora, en el servicio constructivo, en el ejemplo constante del talento".

Como si no bastara lo arriba dicho para justificar el honrar el edificio que alberga nuestros esfuerzos docentes e intelectuales con el nombre de Domingo Marrero Navarro, debemos recalcar que ello fue determinación tomada por estudiantes y profesores de la Facultad de Estudios Generales hace ya 26 años, la que recibió el aval de las más altas autoridades universitarias. En carta enviada a la Asociación de Estudiantes del Bachillerato de Estudios Generales, fechada en septiembre de 1960, el doctor Jorge Enjuto, a la sazón ayudante ejecutivo del entonces Rector Jaime Benítez, afirma: "La proposición de que se dé el nombre del Decano Domingo Marrero al edificio Estudios Generales... ha sido muy bien recibida por el Rector, ya que él había decidido dar este paso el mismo día de la desgraciada muerte del profesor Marrero".

En varias ocasiones, el claustro de profesores de la Facultad de Estudios Generales ha endosado la petición para que así se nombre a nuestro edificio. La razón es doble: Honrar al maestro que fue paradigma en su docencia y creación intelectual de los postulados de educación general que sostiene esta Facultad y, a la vez, propiciar que las generaciones de jóvenes estudiantes que en ella

inician anualmente sus estudios universitarios puedan conocer al maestro ejemplar, al pensador profundo, al escritor elegante y al ser humano generoso que fue *DOMINGO MARRERO NAVARRO*.

DOMINGO MARRERO: EL SER HUMANO

Viola Lugo de Meléndez

Mucho se ha dicho sobre Domingo Marrero. Se ha hablado de él como intelectual, como religioso, como maestro, como orador, como escritor. Pero hoy yo quiero reconstruir, aunque sea a grandes rasgos, el ser humano excepcional que era aquel sencillo hombre que nos llegó de Ponce y que se llamó Domingo Marrero Navarro.

Con motivo de una Colación de Grados en el Seminario Evangélico de Puerto Rico, decía una vez el propio Marrero: "La miseria de la palabra humana radica en su pobreza. Todo decir es precario y deficiente, porque no alcanza nunca a expresar a cabalidad lo más fino, lo más personal, y lo más auténtico de la emoción recóndita". Y es cierto. La palabra humana resulta de una pobreza extrema. Precaria y deficiente, en efecto, para decir aquello que pueda recoger, con alguna fidelidad, la figura humana del amigo, del maestro, del consejero, del noble y humilde hombre que fue Domingo Marrero. Como muy bien dijo él, no alcanzará nunca la frágil y escurridiza palabra a recoger esa emoción recóndita que experimentamos al recordar a Marrero.

Nos parece verlo aún. Con paso corto y rápido, sonrisa a flor de labios, ojos encendidos y mirada profunda y alerta, solíamos

encontrarlo bajo los árboles del Seminario, primero, o por los pasillos universitarios luego. Nunca llevaba prisa. Es decir, jamás llevaba el tipo de prisa que a veces nos evita detenernos a escuchar al otro. Le abordaban unos y otros y para todos tenía siempre la sonrisa franca, la broma sagaz, la carcajada fácil. Junto a ello, la comprensión profunda, la identificación con el prójimo, el consejo que —sin ser sermón— calaba en las honduras del espíritu.

¿Cómo describir con claridad y justicia las cualidades predominantes de aquel hombre? ¿Cómo explicar sus múltiples y variadas facetas de ser humano ejemplar? Tiene razón Marrero. La palabra no alcanza. Falla para expresar todo lo que quisiéramos decir.

Pero, enseñanza del maestro Marrero fue también que no nos sintamos derrotados antes de dar la batalla. Siempre recomendaba —en el púlpito o en la cátedra— que más importante que vencer, era luchar. Que el ser humano se hace en el esfuerzo por lograr lo que aspira, aunque tal vez no lo consiga nunca. Intentemos, pues, trazar la imagen del ser humano que fue Marrero, sabiendo que hemos de quedarnos cortos al hacerlo.

Para tratar de describir el hombre que fue Marrero, tomemos las que para él eran las notas esenciales de la condición humana. Su intento de definir lo que constituye la condición humana era tema frecuente en sus clases y en su oratoria sagrada. Siempre indicaba, no obstante, lo difícil que es el tema del hombre. Nos decía que, cuanto más claramente se investigaba al ser humano, más nos dábamos cuenta de que nunca se puede aprehender en su totalidad. Pero, a pesar de ello, siempre intentaba explicarlo. Así, pues, mencionaba siempre aquellas notas que a su juicio caracterizaban al hombre, partiendo de pensadores como Max Scheler, Jaspers, Cassirer, y otros. Hemos tomado cuatro de esas notas, y trataremos de ver cómo se cumplen ellas en el propio Domingo Marrero. Más aún, cómo se dieron en forma excepcional en la persona de Marrero, cómo se manifestaron en él, a lo largo de su vida entre nosotros, para que fuera el extraordinario hombre que fue.

1.— La primera nota característica del hombre que Marrero apuntaba, tomándola de Scheler, es *la conciencia de sí mismo*. Según él nos explicaba, el animal tiene conciencia (se da cuenta del

agua, la comida, el peligro) pero el hombre, sin embargo, tiene además conciencia de sí mismo. Es decir, puede preguntarse sobre sí, sobre lo que es, sobre lo que puede ser.

Domingo Marrero reflexionó toda su vida, constante y profundamente, en su propio ser. Tenía plena conciencia de sus limitaciones humanas. Reconocía sus propias fallas. Pero sabía también de sus posibilidades. Se sabía un ser condenado a la muerte desde una edad muy joven. Pero esto no le llevó nunca a sentir pena de sí mismo. Con frecuencia le escuchábamos bromear con su propia enfermedad. Solía decir que, precisamente porque sabía que estaba señalado con el dedo de la muerte, quería vivir a plenitud la vida que tenía. Jamás le oímos lamentarse. De la conciencia que Marrero tenía de su limitación física, nació quizás gran parte de su quehacer vital. Sabía que tenía poco tiempo.

Uno de los más bellos ensayos escrito por este hombre extraordinario fue el que tituló *Lo divino y lo humano en el dolor*. Es una reflexión sobre la razón de ser del dolor en el mundo. A ese dolor, del cual él tanto participó, lo describe como "una de las complicaciones de la Divina actividad creadora". Y dice que "ese mismo dolor que frustra, es el dolor que crea y recrea". La conciencia de su propio dolor y de la precariedad de su salud, no hay duda que le llevó a crear intensamente.

Junto a la conciencia de su ser físico, tuvo Marrero conciencia de su ser espiritual. Reflexionaba mucho sobre sus sentimientos, sus deseos, su modo de ser. Cultivó desde niño la buena lectura. Pulió su espíritu y su intelecto. Quería ser, decía, un poquito mejor y un poquito más sabio cada día. Y los que estuvimos cerca de él sabemos que lo logró.

Marrero se sentía hermanado a todos los hombres. Reconocía el valor de cada ser humano. De ahí su enorme capacidad de comprender a los demás. Llamaba la atención su habilidad para dialogar con todos los hombres, de toda condición y rango. Escuchaba con atención, con el respeto que se debe a otro que es nuestro igual. Fue siempre un ser muy generoso con su prójimo. Veía en cada uno de ellos a un hermano. Tenía, pues, conciencia de sí, de los demás, y de la responsabilidad que entraña el ser hombre. Por eso decía con frecuencia: "Por encima de la profesión o del oficio, está siempre la vocación sublime de ser hombre digno de la condición humana". Y esa vocación la cumplió Marrero a cabalidad.

2.— La segunda nota de la condición humana que Marrero solía señalar es la de la *capacidad de objetivación*. Esta nota está íntimamente ligada a la anterior. Tan pronto advenimos a la conciencia del yo, nos damos cuenta de que existe un no-yo. El mismo está constituido por las cosas, los objetos, y por los seres que entablan diálogo con el yo. Ese diálogo, nos enseñaba Marrero, es muy variado, y depende de la distancia o la cercanía que haya entre el yo y los objetos o seres. Uno de los ejemplos que solía usar con frecuencia para ilustrar esto era el siguiente. “Una cosa, muchachos, es *mi* pañuelo, y otra muy distinta es ‘el pañuelo que me dio la novia’ ”.

Repetía Marrero la definición de Max Scheler de objetividad como “la capacidad del hombre a ser determinado por la manera de ser de los objetos”. Es decir, que la manera de ser de los objetos de nuestro mundo condiciona, en cierto modo, nuestra visión de ellos. Decía el maestro Marrero: “No podemos salir gritando un buen día, ¡Abajo la Ley de Gravedad!, y lanzarnos desde lo alto de la Torre de la Universidad. Se romperá algo... y no será, ciertamente, la Ley de Gravedad...” (Era su modo de poner, en forma sencilla, algo que parecía al discípulo muy complejo y difícil).

Para Marrero, todo el mundo de la ciencia y del arte surge de esa capacidad que tiene el hombre para conocer los objetos y entablar diálogo con ellos. No era que amara los objetos materiales. Era notable su despego por ellos. Pero, creó objetos: literatura, reflexión filosófica, sermones. Y, sobre todo, un mundo de relaciones familiares y amistosas que fueron también creación en el más elevado sentido. Tenía la cualidad de poder olvidarse de sus propios intereses, de sus ideas o concepciones, para penetrar en los del otro. “Las personas, como los objetos —nos decía— no son necesariamente como nosotros queremos que sean. Hay que aceptarlas, pues, en sus propios términos. Y, si nos parecen que deben cambiar, ayudarlas positivamente a que cambien”. En efecto, al calor de su amistad y su palabra, cambiamos mucho los que estuvimos cerca de él. Sin sermones moralizantes ni amenazas, Marrero nos ayudaba a ser mejores seres humanos.

3.— El rasgo de la condición humana que quizás estimaba más Domingo Marrero es el de *la libertad*. La definía como la capacidad de hacer decisiones, de escoger entre alternativas. Solía citar el famoso pasaje de Scheler que señala que, desde el punto de vista de la Ciencia Natural, el hombre es un callejón sin salida, pero mirado desde el espíritu, el hombre es la salida del callejón. Recordamos cuando explicaba esto a sus discípulos: “Esto significa, mis amigos, que, como seres biológicos, estamos ya terminados”. Y añadía con una sonrisa de tono zumbón: “Algunos no tan bien terminaditos que digamos...” Pero, a renglón seguido, explicaba cómo nunca estamos terminados en el campo de lo espiritual. Cómo la vida nos exige escoger continuamente. Y, para escoger bien, decía, es preciso darse cuenta clara de las situaciones, crecer en el conocimiento de ellas, mejorar y afinar los instrumentos para lidiar con ellas. Y, sobre todo, usar siempre las fuerzas del amor, que es factor de gran importancia.

Marrero reconocía en cada hombre su capacidad de libertad para poder ser mejor. Su constante llamado a la juventud era el de que cultivaran su libertad. Uno de sus textos bíblicos preferidos era: “Conoceréis la verdad y la verdad os libertará”. Marrero fue un eterno buscador de verdades, y por ello fue también siempre un hombre libre.

Su magnífico discurso a una clase graduanda del antiguo Instituto Politécnico, *Los fundamentos de la libertad*, recoge su reflexión profunda sobre este tema tan importante para él. Dice allí lo siguiente: “La primera batalla de la libertad no se libra frente a los demás hombres. La primera y la más radical libertad se asegura frente a las demandas egoístas del animal que hay en nosotros mismos. Por eso, toda doctrina de la libertad postula una doctrina del hombre y del espíritu”.

La profunda preocupación de Domingo Marrero por la libertad, le llevó, como es natural, a defender el derecho a la libertad de los pueblos y, en especial, la de su propio pueblo, Puerto Rico. En un magnífico ensayo titulado *Colón no descubrió a Puerto Rico* afirma Marrero que, “sólo desde la realidad del ser puertorriqueño —desde la puertorriqueñidad— es que se puede descubrir y se puede historiar a Puerto Rico”. Y finalizaba exhortándonos: “Seamos con toda auténtica humildad y ceñida responsabilidad los

descubridores de nuestra realidad y de nuestro destino de pueblo". Al ideal de la libertad de su pueblo dedicó Marrero mucho esfuerzo durante su vida. Quizás porque sentía muy cerca la famosa frase del Quijote: "Parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hizo libres". Para él el amor a la libertad de Puerto Rico era secuela del amor a la libertad del individuo. "Condeno todo colonialismo, —nos dice en el discurso ya citado— condeno igualmente todo régimen de explotación y toda encarnación del discrimen porque es una falta de respeto a la persona y retrasa los esfuerzos por crear un mundo más decente y más digno". **Marrero fue un enamorado de la libertad individual y de la colectiva, pero, más aún, vivió en su propia experiencia la vida de un hombre completamente libre.**

4.— La cuarta nota de la condición humana que Marrero recalca a sus discípulos era la de *la capacidad de trascendencia*. La veía como consecuencia de la libertad humana. La definía, con Jaspers, como "la capacidad de saltar por sobre el aquí y el ahora, en términos del ayer y el mañana, y en términos de lo abstracto y lo eterno". Recordamos con emoción sus palabras con frecuencia repetidas: "El hombre, más que de carne y hueso, está hecho de recuerdos y esperanzas". Veía al hombre como un ser histórico, un ser de recuerdos. "Un hombre sin pasado —decía— es una figura trágica". Pero, veía ese pasado, a su vez, como la raíz donde se afincan el hombre y los pueblos para vivir su presente y lanzarse al futuro.

Una frase que con frecuencia repetía Marrero era aquella de que "el hombre es un ser finito con aspiraciones infinitas". Luego, mirando su propio cuerpo regordito, solía añadir: "aunque algunos no somos tan finitos..." La capacidad de trascender el aquí y el ahora, pensaba él, permite al hombre tener aspiraciones infinitas, saltar en términos de lo abstracto. La cumbre de esa capacidad de trascendencia para Marrero era la posibilidad del hombre elevarse en términos de lo Eterno. Ministro desde su temprana juventud, fue un hombre totalmente entregado a Dios. No en la conducta externa, de ciega obediencia a ritos o reglas eclesiásticas, sino en la entrega total y absoluta de su vida al Dios Eterno, y en su diario y cotidiano esfuerzo por vivir a la altura de los valores cristianos. Fue verdaderamente Marrero un hombre vitalmente religioso.

Dentro de esas cualidades de libertad y trascendencia en el hombre, veía Marrero siempre la capacidad de éste para cambiar su vida y su conducta. De ahí que fuera tan generoso en el juicio de los demás. Insistentemente repetía: "El hombre es posibilidad pura. Vale, no por lo que es, sino por lo que puede llegar a ser. Vale, no por el sentido de su propia justicia o de sus propios méritos. Vale, pecador como es, no por su pecado. Vale, amarillo como es, no por su raza. Vale, desamparado como está, no por su desamparo. Vale porque es, en esencia, posibilidad de ser. Vale porque es persona".

Lo que hasta aquí hemos dicho, estamos conscientes, es un pálido reflejo de lo que fue un hombre extraordinario, un ser humano admirable. Porque vivió la calidad de vida que vivió, Domingo Marrero trascendió su muerte. Vive aún presente en el recuerdo de los que le conocimos, le admiramos y le quisimos. Decía Pascal que el hombre es "la caña más débil de la naturaleza". Tan débil, decía él, que "sólo una gota de agua basta para matarla". Una gota de agua traducida en un corazón débil que se detuvo un día, quitó la persona de Domingo Marrero de entre nosotros. Pero, a pesar de ello, su ausente presencia nos acompaña hoy y seguirá acompañándonos el resto de nuestras vidas, porque, como él decía, vivimos de recuerdos y esperanzas. Y, sobre todo, porque Marrero fue un ser humano admirable. Por eso en cada acto de conducta le recordamos, tratando de seguir de cerca sus elevados ideales de hombre. Del hombre grande que él encarnó, aunque su vida fue sencilla. Es que, como él mismo escribiera en una ocasión: "La sencillez es el don de las almas de una sola pieza. Como la túnica del Señor. Sin dobleces. Es el patrimonio de las almas diáfanas que van por la vida arrojando claridades".

Y así fue Domingo Marrero Navarro. Arrojando claridades por la vida, cuyos destellos nos alcanzan todavía. Continuaremos siempre tratando de ser como él fue, llevando hacia adelante el estandarte de sus nobles ideales. Es la mejor manera de continuar honrándole.